

LA PLAGA DEL REPENTISMO

« Sean los escritos hidalgos, esto es, de más calidad que cantidad, que no consiste la opinión de sabio en lo mucho, sino en lo bueno. »

SUÁREZ DE FIGUEROA.

En otra ocasión me ocupé de la plaga del repentismo (1). Lo hice de camino, aprovechando una oportunidad propicia. Mas como el asunto es jugoso e involucra una grave cuestión de cultura, me parece lícito retomarlo y hacerlo foco de una nueva meditación.

Nada de lo tocante a las letras — pan del espíritu, como las otras expresiones del arte — debe sernos indiferente. El hombre culto, pues que no es un saco de vísceras sino un microcosmo solicitado por apetencias superiores, las necesita como levadura de su vivir orgánico. De ahí que los problemas literarios, aparentemente problemas de lujo, tengan, bien miradas las cosas, trascendencia social, tanta como los económicos y científicos. Hay, es cierto, problemas literarios de menor cuantía, como los hay científicos de menor cuantía, y que sólo interesan, y a veces apasionan hasta lo ridículo, a las gentes del oficio. Por ejemplo, el sentido cabal de algunos versos de *Safo* o el enigma del *Quijote* apócrifo.

Pero éste del repentismo es problema de categoría más alta, sobre todo entre nosotros donde la incontinencia literaria, la espontaneidad sin contralor, el escribir borbotante, sin mirar atrás, lleva trazas de convertirse en un flagelo capaz de malograr

(1) *Apuntaciones sobre el arte de escribir.*

los esfuerzos de toda una generación. Harto sabemos que sin acendramiento de forma, la literatura es agua que corre.

Vamos, primero, a examinar el efecto de la producción repentista en los lectores de libros. No son muchos si comparados con el enjambre de semianalfabetos que extraen de los diarios y revistas su único alimento intelectual. No son muchos, pero es preciso atender a su salud, pues entre ellos se reclutan los elementos aristocráticos de la especie que son, en definitiva, sus orientadores.

Deberes y compromisos a todos nos acucian, con más o menos insistencia, de tal suerte que sólo contamos con una reducida porción de la jornada para enriquecer nuestras alacenas interiores. Desearíamos, por lo tanto, no despilfarrar el cicateado ocio leyendo balbucesos, insignificancias, ramplonerías. Y como debemos intimar con un vasto conclave de autores, no es posible pretender, si no somos profesionales, otro conocimiento que el fragmentario.

Hay autores que tienen una obra capital, cifra de su personalidad: *Don Quijote* en la rica cantera cervantina; *Manon Lescaut*, en una jerarquía más baja. En tales casos, el toque consiste en acertar con este fruto de plena sazón y dejar el resto en suspenso hasta que la vida nos brinde algún superávit de holganza.

Y bien, si el escritor es estilista, si ha castigado sus páginas sometiénolas a una depuración severa, purgándolas de la gra-situd, de la escoria, de la ganga, no habrá desperdicio y todo resultará obra cifra. ¡Qué descanso para el buscador de cultura! Ábranse al azar los *Ensayos*, de Montaigne, los *Pensamientos*, de Pascal, los *Caracteres*, de La Bruyère, el *Emilio*, de Rousseau, y nunca la sabrosa doctrina se encontrará cubierta de harapos. Cualquiera cosa de Petrarca, de Leopardi, de Manzoni, de Fray Luis, de Gracián, de Rodó o de Groussac, puede leerse con provecho seguro.

En cambio, ¡qué desconcierto cuando nos introducimos en la colmena de los repentistas! Estos señores no tienen misericordia de nosotros. Son de una fecundidad abismante. Mientras el escritor concienzudo borrajea y da diez vueltas a sus frases en procura de la inasible perfección, el repentista se despacha con páginas y más páginas paridas sin dolor. Al final de su carrera

ha diluído en cuarenta volúmenes su capital estético a veces har- to mezquino. Publica con una « periodicidad astronómica », con un « ritmo zodiacal » — como dice Ortega y Gasset refiriéndose a Pío Baroja, — mas el ejercicio constante no se traduce en pro- greso. Tómese la última novela de Hugo Wast o la última come- dia de García Velloso, y tómese la primera, y todo será lo mismo.

El repentista no tiene obra cenital, obra de madurez acabada que simplifique nuestra tarea de lectores, que estimule nuestra honrada voluntad de conocerlo. ¿ Qué hacer, entonces ? O ape- chugamos con la montaña, en cuyo caso nos exponemos a dila- pidar los contados momentos de nuestra dulce holgazanería, buscando unas cuántas pepitas de oro perdidas en un monolito de cuarzo, o renunciamos a su conocimiento.

Esto último sería lo razonable. Lo malo es que arremetemos con la lectura de ciertos libros, ignorantes del vicio repentista de sus autores por falta de una crítica veraz que nos oriente y aleccione. Luego nos llamamos a engaño, pero ya es tarde. Hemos perdido el tiempo. Y sólo nos resta un consuelo, el pobre consuelo de saber que la mala lectura, en cierta dosis, es buena : tiene fermento educativo ; nos da, por contraste, la sensación de la distancia que hay entre el artista y el artesano de la palabra.

Muchos repentistas creen, de buena fe, que siguen el mejor camino. Hay que escribir, afirman, como se siente, con la espon- taneidad con que los pájaros cantan. El retoque, el manoseo, la refundición, enfrían, secan, artificializan el estilo. La elocución debe ser libre y fresca y no « oler a aceite » como los discursos de Demóstenes.

Contesten Garcilaso, Fray Luis, San Juan de la Cruz, Rodri- go Caro, Moratín, Bécquer, y cien más de la misma cofradía de trabajadores del idioma. No confundamos la afectación de los retóricos, el malabarismo de los conceptistas, con la « difícil facilidad » del escritor que a fuerza de trabajo disimula el tra- bajo. Hay un abismo, todo un proceso de cristalización, entre esta difícil facilidad y la fácil facilidad de los repentistas. Cuan- do rezuma el cansancio por los poros de la frase retorcida y atormentada, no culpemos a la lima sino al hombre poco dies-

tro en manejarla. La lima, en mano experta, aclara, precisa, desbroza y ahonda las ideas.

Un repentista, novelador de talento, defendía, así, su repentismo: debemos aprovechar, escribiendo sin descanso, el período de nuestra vida de « efervescencia creadora ». Y agregaba, no sin algo de retintín desdeñoso: es absurdo gastar tiempo en fruslerías de palabras, en carmenar la expresión a la manera de Flaubert, cuando hay tantas cosas urgentes que decir y tantas que esperan la segunda vida del arte. Ese trabajo es subalterno y el escritor debe dejarlo para las postrimerías de su vida, para la época en que las ubres estén ya secas.

Podría contestarse: ¡Muy largo me lo fiáis! A más de uno se le escapó la vida cuando pensaba menos en la muerte. Nada tan trágico como el gemido de Carlos Octavio Bunge que impetraba a la Providencia un poco más de vida para terminar la filtración de su extensa obra.

Por otra parte, no es razonable esperar a que las ubres estén secas para dar principio a ese trabajo « subalterno » de la estilización, simplemente porque estilizar es también crear, es inventar alvéolos nuevos para contener la vieja miel. Los cinceladores del lenguaje crean palabras o realizan con las de uso corriente maridajes insospechados. Con las mismas piedras puede levantarse una covacha o levantarse un monumento. Con los mismos vocablos puede tejerse un deleznable artículo de periódico o una filigrana de Rubén Darío. He aquí lo que importa una sabia combinación. ¿Cómo esperar para una labor tan difícil y de tanta miga a que el cerebro se encuentre rígido como una esponja seca?

Otra cosa: los repentistas imaginan que la fecundidad es una manifestación de genio. Para ellos el genio es todo lo contrario de « una larga paciencia ». Y bien, si la fecundidad fuera síntoma de genio, el genio abundaría como la sal. Lo cierto es que la fluencia, como el exceso de memoria, es más perjudicial que saludable. ¿Qué se hizo de tanto folletinista cuya facundia era el asombro de las gentes? Todos han naufragado, en tanto que sobreviven hombres que sólo han escrito un libro, dos libros, tres libros: Montaigne, Pascal, La Rochefoucauld, La Bruyère, Manzoni, nuestro Obligado.

Agréguese a ésto que la mentada efervescencia creadora es más aparente que real. Si uno soporta la lectura de unas cuantas obras de un escritor repentista, podrá notar que no existe tal creación, sino un constante repetir. Hay autores de teatro que repiten y repiten, con un cariño inconsciente, su primer alumbramiento. Y en los novelista aparecen, año tras año, con una persistencia abrumadora, los mismos tipos, los mismos ambientes, y todo expresado con la misma fraseología, con la misma prosa merengue a base de clisé y de lugar común.

Lo que hay en el fondo de ese desdén hacia el trabajo pulidor, es la incapacidad, no confesada, de realizarlo. Corregir con acierto, estilizar mejorando, es, precisamente, lo que distingue al escritor de raza del escritor advenedizo.

Eso que se menosprecia como faena de menestrales: la caza del epíteto gráfico, del sustantivo exacto, del verbo preciso, del giro pintoresco, eso tan simple y que tiene, sin embargo, la virtud de transformar la frase repentista, incolora y trivial, en un producto nuevo, firme y enjundioso, está sólo al alcance de los artistas superiores. Porque ellos son videntes donde nosotros ciegos. Un escritor es mediocre porque no ve, porque no concibe algo superior a lo que ha hecho. De ahí que el pequeño escritor esté siempre contento de su obra. A la inversa, el grande vive atormentado por el espejismo de la perfección. La prosa nunca está concluída, decía Flaubert, y este apotegma convirtió su vida en un martirio.

Resumiendo: la incapacidad psicológica de la autocrítica es el veneno principal del repentismo. Pero hay otros no escasos de importancia: hombres agudos en la crítica y dotados generosamente para la función de escribir, se desparraman en una producción copiosa, precipitada y, por lo tanto, endeble y quebradiza. Si jóvenes, los punza la urgencia de publicidad; si veteranos, el ansia de permanecer en la bandeja.

Una avidez pungitiva de singularizarse pronto, de auparse sobre la mediocridad circundante, de rodearse de una cierta aureola de prestigio, y, en último caso, de llegar aunque sea a una cumbre de colina, marea al escritor en cierne e impide su madurez cabal.

Se cuenta que Julio César, en sus andanzas por España, frente

al busto de Alejandro, prorrumpió en hipos llorosos de impotencia envidiosa, pensando que a su edad, no señalada todavía por ningún hecho memorable, el hijo de Filipo había sometido a tantos y tantos pueblos. En cambio, dicen que Newton ocultaba, como un avaro, sus riquezas, el parto genial de sus vigili-
as, para que la gente no hiciera ruido en torno de su nombre. Y bien, el neófito literario hierve en la fogosa impaciencia de César y es incapaz de la gestación de Newton, lenta, escondida, silenciosa.

Y se explica. Basta que recordemos nuestros años mozos. ¿Quién no tiene en ese entonces la cabeza llena de humo? El escritor en semilla pisa fuerte, con la seguridad que le transmite su insondable y feliz ignorancia. ¿Cómo exigir a este semidiós de sombrero aludo y corbata flotante que castigue sus renglones pretenciosos y los deje sedimentar meses o años, como aconseja Horacio, a fin de reajustarlos sin pasión?

Nuestro héroe recibe el bautismo literario en los periodiquines de su localidad. ¡Oh días de embriaguez inolvidable! ¡Con qué emoción contenida ve su nombre estampado por vez primera en letras de molde! Sale el mocito de paseo con el pecho inflado y el talante soberbioso, y se le antoja que todas las muchachas del pueblo, entre las cuales florece la elegida de su corazón, lo miran como diciendo: ahí va fulano; ése es el autor de los versos que aparecieron esta mañana en *Nubes Rosadas*.

Fortalecido su ánimo por iniciación tan venturosa, el novato lucha por ascender buscando una bocina de más extensa resonancia. Consigue, no sin algunos tropiezos, no sin la consabida carta de presentación, embutir trabajitos sin mayor trascendencia en revistas populares metropolitanas. Este nuevo éxito le infunde una confianza rotunda en sí mismo. Comienza a sentir debajo del cráneo síntomas de genialidad. Luego, poco o poco, se vincula con la pintoresca bohemia que alacranea en las redacciones. Y, al fin, termina realizando su aspiración más soñada: introducirse en el engranaje de un rotativo importante. Llegado a este punto, es difícil que el atolondrado novicio se libre del naufragio de su personalidad naciente.

El periodismo, Minotauro moderno, ingurgita centenares de jóvenes de inteligencia no común. Una vez en sus garfios, los adocena, los aplana, les embota las garras, les chupa los mejores

jugos, los gasta en una estúpida tarea de Penélope y luego los abandona como a piltrafas inútiles. Y no hay escapatoria, pues aun cuando el periodista con madera de escritor abandone el oficio, éste le ha estampado sus huellas como una marca de fuego. Nuestro hombre es una canilla abierta, ha adquirido el hábito de la improvisación, del trabajo superficial, sin acendramiento y sin dolor. Y esa facilidad, presente griego del oficio, es la sirena que lo engaña y que lo pierde. Capaz de estilizar, toda su producción será, en adelante, repentista.

Cien casos los confirman. Baste citar uno, típico, el de Roberto J. Payró, escritor de fibra a quien el periodismo le succionó, como un vampiro, su mejor substancia. En las *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* hay una novela de sabia trabazón, espejo fiel de costumbres, estudio perspicaz de la viveza criolla, pero una novela escrita en borrador y, por consiguiente, sobre arena: Estilizada, figuraría entre las primeras de nuestra literatura.

La producción constante en diarios y revistas suele dar una discreta notoriedad, pequeña fogata que es preciso mantener a fuerza de cuartillas y cuartillas. Si se deja de publicar, se retorna al limbo de los seres anónimos. Por eso el repentista, como ha gustado el placer agridulce de la exhibición, procrea sin descanso, pues ya no podría resignarse al apartamiento, a los bastidores, a la vida de penumbra, la única, sin embargo, propicia a los enfermos del mal estético, a los que buscan la posteridad por el camino de la belleza.

El repentista también ansía la posteridad, pero ha elegido, de tan apurado, el sendero más azaroso y más largo. Hay que andar despacio cuando se tiene prisa. La gloria, se ha dicho muy bien, no se rinde a los amantes premiosos y « el tiempo no respeta lo que se ha hecho sin él ». Con el repentismo se alcanza, cuando mucho, la gloriola, la pequeña fama, un renombre que dura tanto como el golpecito de luz de una luciérnaga. Sólo el ahincado esfuerzo, con la base del talento, da frutos de juventud perenne.

El factor económico es otro agente de repentismo. Muchos escriben para comer o apuntalar un presupuesto que bambolea. En

estos casos no está el humor para meditaciones de fondo ni para dibujitos de forma. Hay que menear la pluma de prisa, con el reloj en la mano.

Si el escritor es hombre de teatro, fabrica, sin pena, con la facilidad con que una máquina escupe cigarrillos, obras pómez, llenas de aire, sin un adarme de sustancia artística, caricaturescas o sensibleras, o sostenidas por una inquietante plataforma de pantorrillas, o sensualizadas por el compás dormilón de los tangos compadrones. El asunto es estrenar muchos actos y cerrar la temporada con una bolsa respetable.

Si el repentista es cocinero de novelas, compone una, dos, tres por año, las que sean necesarias para el negocio, y las presenta al mercado con un título anzuelo y una cubierta picante. En seguida, empapela la ciudad con carteles de propaganda llamativa, e inserta anuncios en la página literaria de los grandes diarios. El método es infalible porque es inagotable el número de los incautos y de los curiosos impertinentes. Entretanto, yacen, cubiertas de polvo, en los anaqueles de los librerías, obras concebidas con fervor estético y que el gran público desconoce porque no hay un gremio de críticos que lo alumbre y oriente. En los diarios y revistas — la denuncia es hartó vieja — cuando no se hace el vacío, la conjuración del silencio, ejerce la crítica el amigo o el enemigo, y en ambos casos después de una simple ojeada. Los libros no se leen, se adivinan.

Esta industrialización del arte, que se traduce en obras repentistas, incuba el germen de su decadencia. Cuando la escena criolla no producía dinero, cuando los dramaturgos y comediógrafos eran explotados por los empresarios, nadie escribía sino impelido por una vocación incontenible. Y entonces surgían a la luz de las candilejas obras engendradas con amor, desahogo de espíritus rebosantes. Eran los tiempos de Coronado, de Laferrère, de Granada, de Florencio Sánchez.

No quiere decir esto que el ingenio deba ser explotado para que el arte prospere. Mi propósito es hacer notar cómo en cuanto el cebo se insinúa, las alondras son desalojadas por los gorriónes. Si el dinero viene como resultado de la excelencia de la obra, miel sobre hojaldre.

No está mal que Barbusse alimente su bolsa gracias a la di-

fusión extraordinaria de sus novelas (1), porque Barbusse no las ha escrito (por lo menos eso parece translucirse a través de su contagiosa sinceridad) para enriquecerse, sino para adoctrinar a las multitudes sirviéndose del arte como del mejor vehículo transmisor. Pero sería reprehensible el que ese mismo dinero tuviera como origen la explotación de la actualidad, del escándalo, de las pasiones en aguda fermentación, como acontece todos los días con ciertos polígrafos deshonestos y oportunistas.

El arte exige desinterés y una capacidad de sacrificio a toda prueba. Como la religión, como la ciencia, como la enseñanza, no debe ser materia de comercio, no debe degenerar en un oficio. Hay que escribir por necesidad del espíritu y no por necesidad del bolsillo. El hombre que quiera ganar dinero— aspiración muy legítima, — recurra a las actividades que lo producen: la agricultura, la industria, el comercio, la política, el box; mas no profane los aposentos de Apolo ni convierta a las musas en cortesanas. ¡ Para estos mercachifles, qué falta haría una crítica implacable y bactericida!

Hay también, posiblemente, en esta enfermedad del repentismo, una predisposición de raza. Algunos pueblos son por naturaleza pertinaces, obstinados, tesoneros; otros impacientes, arrebatados, improvisadores. En los primeros habrá una marcada tendencia a la perfección en lo pequeño; en los segundos, a la imperfección en lo grande. Nos quedamos boquiabiertos frente a la increíble faena de hormiga acumulada en una bujería japonesa o en la más simple investigación germana. Acaso ellos, nipones y germanos, se azoren si reflexionan sobre la audacia quijotesca de los viejos españoles, o sobre las concepciones alucinantes de los nuevos reformadores eslavos.

El español, cuya psicología nos interesa particularmente por ser en mucho la nuestra, es repentista de raza. Prefiere la contundencia del martillo al arañazo minucioso y lento del buril. Un francés escribirá todos los días un par de horas durante un año entero, y de este esfuerzo acompasado nacerá una obra ter-

(1) De *Le feu* se habían tirado hace dos años, cuando se escribió este artículo, más de 300.000 ejemplares.

minada sin fatiga y de embarazo normal. Un español, recogién- dose en su casa y trabajando día y noche, al cabo de dos quin- cenas tendrá la obra concluída. Y a la obra le faltará madurez. Agotado por el atracón, descansará el resto del año en los men- tideros y en las tertulias de café.

Esta psicología del productor literario corre parejas con la del público consumidor. Los españoles siempre han tenido de- bilidad por sus «monstruos de la naturaleza», han admirado sin regateos la *verve*, la facundia, el producir torrencial. Cuando se habla de Lope de Vega o de Pérez Galdós, el primer elogio va enderezado a la peregrina fertilidad de estos ingenios. Para el comentarista, la envidia de la obra es cuestión secundaria.

Los autores, conociendo a sus bueyes, hacen ostentación de repentismo; declaran que gestan y alumbran sin angustia, con la naturalidad con que una vertiente mana su linfa. Asunto de estrategia literaria. Con este alarde, que por desgracia se funda casi siempre en la realidad, provocan la atención, encandilan al burgués, sientan fama de genios. Si alguna vez hubo jadeo, se le esconde como a una tara.

Un hombre que, como Enrique Larreta, nos informa que su novela le ha consumido más de cuatro años de trabajo, comete un error psicológico, desilusiona a lectores de nuestra raza que sólo ven superioridad en el fiat repentista.

En algunas ocasiones el repentismo —¿por qué no confe- sarlo?— da frutos de vitalidad sorprendente. Dice don Pedro de Alarcón, al historiar el génesis de sus libros, que en una se- mana metamorfoseó en *El sombrero de tres picos* un cuento sa- cado de un romance de ciegos. Y, sin embargo, la novelina se mantiene enhiesta sobre los vaivenes del gusto como un pequeño velero que va zafándose de la tempestad. El *Don Juan Tenorio* de Zorrilla fué pergeñado a mojicones y, con todo, resiste la carcoma del tiempo como si tuviera en la tersidad de sus versos un elixir de larga vida. Palacio Valdés, el discretísimo novelis- ta, declara que para él «es tan fácil escribir novelas, como a un tenedor de libros efectuar sus operaciones de aritmética». Y pasando a los nuestros: todos sabemos en qué circunstancias febriles hizo Sarmiento el aguafuerte de *Facundo*. Florencio Sánchez fué también un repentista extraordinario. Y, a pesar de

su repentismo, su éxito fué sonoro e indiscutible. Se alzó con el cetro de las dos carátulas. Tal vez fué el suyo éxito relativo a la mediocridad circundante, pues ningún hombre parece chico cuando su época es chica; tal vez su obra se apenumbra con el tiempo, pero algo ha de quedar de ese derroche de color y de fuerza.

Y bien, ¿qué prueba esto? Algo que nadie discute, vale decir, que hay mortales agraciados por la naturaleza, que hacen muy bien y sin fatiga lo que nosotros, los zurdamente provistos, haríamos muy mal y sudando el hopo.

La fecundidad en escritores de raza es un galardón de los dioses. No nos quejamos de la abundancia de Shakespeare, de Balzac, de Víctor Hugo, si bien creemos que un poco de continencia no sentaría mal ni a los genios. Pero la enfermedad se torna grave cuando los advenedizos se deslizan por ese mismo declive.

Los franceses, en general, no tienen vergüenza de confesar el esfuerzo. Al contrario; muchos lo exhiben como un título. No significa esto que en Francia no haya repentistas. Los hay en todas partes, y en Francia muy singulares, como el viejo Dumas, como Lamartine, como Jorge Sand. Pero lo que es digno de subrayarse es la cantidad de escritores que en Francia, durante el auge de las más diversas tendencias literarias, se han obstinado, en la purificación de la frase, en flexibilizar el idioma, en capacitarlo para traducir los más escondidos repliegues de la espiritualidad humana. Pasan los siglos, pasan las escuelas y siempre, como un denominador común, la misma preocupación por la venustidad de la forma. Malherbe, Bossuet, Racine, Chateaubriand, Flaubert, Anatole France, y así hasta no concluir, son heraldos en esta *course aux flambeaux* ininterrumpida y secular. ¿No es lícito, entonces, ver en el antirrepentismo de tantos escritores franceses una predisposición de raza? ¿No es sugerente que en Francia cuiden el buen decir no sólo los profesionales de las letras sino los pensadores (como Pascal); los naturalistas (como Buffon); los sabios (como Claudio Bernard); los filósofos (como Bergson); y hasta los maestros de economía política (como Carlos Gide)? De ahí que en su historia literaria los franceses no puedan omitir a muchos hombres que no

fueron precisamente literatos : Montaigne, Montesquieu, Saint-Simon, Renan, etc., etc.

En el repentismo hay también una cuestión de madurez cultural. Todas las literaturas matrices han tenido su edad de oro, su período clásico, su siglo de Pericles, su época de Augusto, un feliz momento de su historia que se distingue por la floración de ingenios maravillosos. Fieles consortes de las musas, por ellas se sacrifican y sufren el dulce martirio de la creación estética. Entregados al arte en cuerpo y alma, todo lo demás se les antoja frágil, transitorio, fallecedero. La seriedad y la conciencia artística llegan, entonces, a su más alta expresión. Nadie lanza una obra sin quitarle los hilvanes, sin antes recorrerle cien veces los botones. ¡ Malos tiempos para simples aficionados, para repentistas sin talento, para traficantes de la divina mercancía !

Estas épocas de mayoría, de apogeo, de culminación, que suelen repetirse en los renacimientos periódicos de la cultura, no son efectos del azar, sino punto cenital de un período antecedente de incubación y sazónamiento. De un período *preclásico* que suele corresponder a épocas agitadas, de rudeza primitiva, de engranaje social trastrocado. Los hombres favorecidos por la chispa de Prometeo viven, como los demás, enredados en las turbulencias del siglo ; son militantes por la fuerza de las circunstancias y descuelgan la péñola sólo cuando la espada lo permite. Falta ocio horaciano, falta sosiego espiritual para el « largo estudio y el grande amor ». Y entonces se realiza arte por desahogo, en los respiros que la lucha permite. Todos son repentistas y de ese esfuerzo esporádico, nervioso, galopante, no se libran de la muerte sino fragmentos (algunas serranillas del marqués de Santillana, algunas coplas de Jorge Manrique, algunas églogas de Garcilaso), trozos felices de poetas excepcionales o colocados en un escalafón social que les permite alternar las penurias de la guerra con la folganza en la confortable librería.

De estos períodos preclásicos, de inmadurez cultural, serán contadas las obras que, como *La Celestina*, se salven íntegras por sus quilates estéticos. La mayoría de las que el tiempo no

ha podrido, sólo interesan a los especialistas como documento filológico o como eslabones de la historia literaria.

Resumiendo: una época pre-clásica, de cultura no sedimentada, época de balbucesos, propicia al repentismo, se transforma, por maduración, en otra adulta, clásica, en que el espíritu humano florece de una manera perfecta.

Agreguemos ahora, para no dejar inconcluso el ciclo de la evolución literaria, que los períodos llamados clásicos, en los cuales predomina una literatura fuerte, clara y simple, degeneran en escuelas decadentes que toman, según las épocas y los países, distintos nombres (gongorismo, preciosismo, simbolismo, etc., etc.), pero que responden a una misma necesidad del espíritu: el cambio.

El hombre se cansa de todo, hasta de lo natural.

Lo fuerte, lo simple, lo claro, chocan, como una saya campesina en un salón, cuando el hombre se ha malquistado con el sol, con el aire, con la tierra, y se ha convertido en un ente pálido, neurótico, complicado, enfermo de una civilización que se ha ido en vicio.

Tal estado de conciencia se trasunta en el arte. Vienen las cabriolas verbales, las epilepsias de estilo, la ingeniosidad alambicada, las frases de esquisitez femenina, las delicuescencias ayunas de sentido, y las elucubraciones frías, olímpicas y herméticas, fabricadas a dedo en las torres de marfil.

Hasta que una reacción de salud y de sentido común, una áspera ráfaga de primitivismo campestre, mata las luces de los cenáculos tabernarios, aventa el tufo de las pipas de opio y el vaho afrodisíaco de las alcobas, seca las viciosas florescencias de invernadero y derriba, como un castillo de naipes, las torres de marfil.

Retomemos el hilo. Casi toda nuestra literatura está inficionada del virus repentista. El efecto mortífero de este virus ya está consumado en lo que toca a las letras del siglo anterior. Pueden contarse con los dedos las obras que se libraron del contagio. El resto es papel sin vida, material yacente, sin ninguna resonancia estética, sólo aprovechable para disección o pasatiempo de historiadores de la literatura.

En este período de infancia priman, como agentes de repentismo, entre los comentados, la herencia y la inquietud social. La herencia española, que tironea de atrás a aquellos que se aperciben para una faena terca, sesuda, de largo aliento (1). La inquietud social (fruto, primero, de la guerra libertadora y, después, de la tiranía, del caudillismo, de la barbarie, confabulados contra la organización civil), que trueca a varones de pensamiento y de pluma en actores de la inacabable pesadilla.

No estaba el horno para gestaciones lentas, para trabajos de orfebrería, para lindezas de expresión. Se escribía con la bota en el estribo y se prodigaba el talento en los editoriales candentes de un periodismo bravo y pendeciero. Y si hay algo digno de admiración es la obra que, en condiciones tan desquiciadas, lograron realizar militantes de la talla de Mitre y de Sarmiento.

Posteriormente, con los aluviones de toda suerte de bárbaros, la herencia española tuvo una gravitación menor. La prosperidad material, el desparramo de la cultura, un largo interregno de paz, todo se concilió para una rica floración de arte.

Los escarceos del siglo anterior, fruta pintona, sirven de abono, de material primerizo. Y surge una constelación de escritores con la cual se diría que amanece una edad de plenitud literaria: Rodó, Groussac, Lugones, Rojas, Estrada, Larreta, Capdevila, Ingenieros, Gerchounoff y el cortejo de los flamantes.

Hay algo, sin embargo, que enturbia la visión optimista (retornamos a nuestro *leit-motiv*): es el gorgojo del repentismo que continúa silenciosamente, trágicamente, apolillando nuestra cosecha intelectual. Los mejores, ofuscados por el éxito, por el realce de la publicidad, no se contienen y se disipan en el periodismo. Y día vendrá en que, esfumado el incienso de los amigos, caigan en la cuenta de que es tela de araña aquello que suponían red de Vulcano. Que den todo lo que puedan. Confor-

(1) No quiere decir esto que todos los españoles sean improvisadores. Me refiero sólo a la tendencia madre. Hoy mismo cuenta España con estilistas tan representativos como Azorín, Del Valle Inclán. Ortega y Gasset, Ricardo León, Julio Casares, Enrique de Mesa, etc., etc.

mes y encantados. Pero sólo en calidad. La superabundancia, que es difícil ayuntar con la perfección, concluye por divorciarnos de los autores más dilectos.

Y los otros, los que todavía reptan por la escarpa, padecen de la enfermedad del siglo que no es, como en la era romántica, un vago malestar producido por el contraste de la realidad soñada con la realidad vivida, sino ambición, hambre de éxito, ansia de conquistar posiciones para gozar la vida con todos los sentidos. Entonces es fuerza frutecer copiosamente y de prisa para llegar pronto. Y jadean las prensas, y vomitan centenares de libros hechos a la disparada, apenas cerebrados, apenas hilvanados y, por ende, predestinados a una muerte rápida y obscura. Alguien lo dijo: lástima de árbol el que fué necesario abatir para fabricar papel de tan pobre destino !

Para terminar: de este momento confuso que vivimos, tránsito, al parecer, hacia un período de mayoría intelectual, sólo se salvarán algunos zarpazos felices de repentistas de talento y la obra completa de algún poderoso a quien la holganza meditativa le fué accesible; o la de algún solitario que, a la vera del éxito y la bullanga, fué enhebrando, sin apuro, y con hilo de bronce, las verdades de su corazón. Y una vez más, los últimos serán los primeros.

CARMELO M. BONET.